

INTRODUCCIÓN

Todo lo que consigno como mío
Tú has de contrarrestarlo con lo tuyo;
De otro modo, escucharme
Sería tiempo perdido.

WALT WITHMAN, «Canto a mí mismo»

No hace mucho tiempo, en Myanmar, mientras descendía por el río Irrawaddy a bordo de un vapor lento y viejo, me quedé sin nada que leer. Cuando el barco hizo escala en un pequeño pueblo llamado Pyay, bajé corriendo y adquirí el único libro en lengua inglesa que pude encontrar: un ejemplar gastado de *Cómo ganar amigos e influir sobre las personas*, de Dale Carnegie, que empecé a leer mientras avanzábamos lentamente hacia Rangún.

No sé por qué, pero hasta ese momento yo no había leído un solo libro de autoayuda. Los consejos de Carnegie me parecieron una combinación encantadora de sentido común («escucha a los demás»), recomendaciones sensatas («demuestra respeto por las opiniones de los demás») e ideas anticuadas («no te olvides de que a las mujeres les interesa mucho la ropa»). Tras disfrutar con su lectura, al llegar a la capital del país me desprendí de él, y durante un tiempo no volví a pensar en él.

Un mes después, aproximadamente, se me planteó la posibilidad de escribir un libro sobre el arte y la

actitud de los viajes de larga duración. Dado que yo, fundamentalmente, había estado exponiendo esa ética viajera en las narraciones que colgaba en salon.com, pensé que no me vendría mal conocer la estructura y el formato habituales de los libros de consejos. Y así, mientras intentaba dar con un nuevo ejemplar de *Cómo ganar amigos e influir sobre las personas*, descubrí que el mercado de la autoayuda había cambiado mucho desde los tiempos de Carnegie. Según parece, en la actualidad, toda actividad humana, todo deseo, todo grupo de población cuenta con su libro de consejos. Las colecciones de *Sopa de pollo para el alma* y *No te abogues en un vaso de agua* podrían contar casi con una sección propia en las librerías.

Allí plantado frente a los estantes repletos de libros, algo perplejo ante tanta variedad, empecé a imaginar un imperio editorial que girara alrededor de la idea del *Vagabonding*. No sólo se publicaría *Vagabonding*, sino también *Vagabonding para adolescentes*; *Vagabonding para solteros*; *Vagabonding para golfistas*; *Vagabonding por el armario*; *Plan para adelgazar practicando el Vagabonding durante diez semanas*; *Vagabonding en Navidad*; *El primer Vagabonding de tu bebé*; *101 recetas para el Vagabonding*; *todo lo que me hacía falta aprender lo aprendí con el Vagabonding*; y así sucesivamente.

Finalmente, abandoné la librería sin llevarme un solo libro. Decidí que, si iba a escribir el libro, debía hacerlo de la única manera que sabía: a partir de la experiencia, la pasión y el sentido común.

Si, en ocasiones, este libro parece poco ortodoxo tal vez sea porque vagabundear no es nada ortodoxo.

Sobre el término *vagabonding*, creía que lo había inventado yo. Era en 1998, cuando empecé a publicar una columna sobre viajes de aventura en salon.com. En aquella época me interesaba recurrir a una sola palabra

que diera la medida de lo que yo hacía: dejar atrás el mundo establecido para viajar con pocos recursos durante un tiempo largo. El nombre *mochilero* me resultaba demasiado vago. *Trotamundos*, demasiado pretencioso; y *viajero* algo soso. Así pues, le di un giro divertido al término «vagabundo», que viene del latín y significa «persona errante, sin hogar fijo», y acabé usando, en inglés, *vagabonding*.

Ya estaba casi convencido de que había acuñado un nuevo término para definir una cierta actitud viajera cuando, en el anaquel de una librería de viejo de Tel Aviv, me topé con un ejemplar gastado de *Vagabonding in Europe and North Africa*. Escrito por un estadounidense llamado Ed Buryn, el libro se había publicado no sólo antes de que mi columna apareciera en internet, sino antes de que yo naciera. Y, a pesar de algunas frases propias de la época *hippie* («huye de las agencias de viaje como de la policía, y descubre el mundo por tu cuenta») vi que *Vagabonding in Europe and North Africa* era una buena recopilación de consejos, una aproximación sensata y lúcida, anterior al universo *Lonely Planet*, a los entresijos y la filosofía del viaje independiente. En consecuencia, saber de la existencia de la obra de Ed Buryn no me resultó tan desalentador como liberador, pues me llevó a comprender que, más allá del nombre que se le dé, el *vagabonding* no es tanto una moda aislada como (por recurrir a una expresión de Greil Marcus) «una conexión espectral entre personas largamente separadas por el tiempo y el espacio, pero que en cierto modo hablan el mismo idioma».

Desde entonces, he hallado referencias al término *vagabonding* en fecha tan temprana como 1871 (en *Pasando fatigas*, de Mark Twain), aunque no lo he visto en ningún diccionario. En cierto sentido, se trata de una palabra algo absurda, adaptada con alegría para

describir un fenómeno viajero que ya existía cuando Walt Withman escribió: «Tú y yo, sin un céntimo en el bolsillo, podemos adquirir los frutos más preciados de la Tierra».

Así, una parte de mí desea mantener la idea del *vagabonding* como algo parcialmente anclado en lo absurdo: indeterminada, algo resbaladiza y abierta a interpretaciones, como la propia experiencia del viaje.

Ahora que te dispones a leer este libro, ten en cuenta que Bruce Lee, el maestro de las artes marciales, dijo: «Vive tus experiencias por amor a la verdad, absorbe lo que sea útil, y añádele lo que es específicamente tuyo... El individuo creativo es algo más que un estilo o un sistema».

Cuando se viaja, lo mismo vale para el *vagabonding*.